

dinamiza e impulsa a la sociedad, son los elementos claves. En el intento de constituir este orden social, Touraine ve la alternativa de una transformación resultante del conjunto de relaciones sociales y políticas y no reducible en términos puramente económicos. En los que vaticinan el fracaso de la UP como experiencia reformista de izquierda, Touraine ve una concepción catastrofista basada sobre la idea de que una sociedad capitalista es únicamente la organización social del capitalismo. Es contra esta concepción que plantea su doble dialéctica de las clases sociales: dirigente-dominante, defensivo-contestatario. La reivindicación teórica de la alternativa chilena al socialismo es la afirmación de su sociología accionalista.

Su análisis de la multidimensionalidad de la acción social en las sociedades dependientes intenta hacer confluir el análisis estructural (la sociología de la dependencia) con el análisis de las relaciones sociales (la sociología de las sociedades dependientes) para proponer así un nexo entre actores y situación social. O, en sus palabras, un análisis de las relaciones sociales. Los tres planos en que, según el autor, Chile se expresa, son: la lucha de clases, la ruptura de la dependencia (populismo revolucionario) y la ampliación de la participación social (lucha institucional). Todos ellos, contrapartidas de la situación de dependencia, contribuyen a explicar el carácter poco integrado de la acción y su incapacidad de dirección del proceso de cambio.

El fracaso de la UP en darse un programa socialista reside en esta ausencia de dirección: las fuerzas populares no pueden dirigirlo; la gestión gubernamental de la UP, tampoco. El "talón de Aquiles" de la UP es el Estado.

El análisis de los procesos de cambio social como análisis de los conflictos de clase en la perspectiva tourainiana se aplica a la situación chilena en la que

el conflicto se define como conflicto por el poder del Estado y, por lo tanto, la estructura política se privilegia como el campo de la lucha de clases. El conflicto se resuelve en la oposición total y reclama un campo específico, el de las contradicciones antagónicas, eliminado de la sociología de Touraine.

Liliana De Riz

E. Glyn Lewis: "Migration and Language in the USSR" *Advances in the Sociology of Language*. Edited by Joshua A. Fishman II. Mouton. The Hague. Paris, 1972.

Glyn Lewis presenta, en este estudio de base estadístico social, las características principales de la Unión Soviética en cuanto a su composición étnica; la distribución territorial de sus etnias o nacionalidades; el crecimiento natural de cada una de ellas en la Unión en general y dentro de su propio territorio en particular; los cambios de constitución étnica de las repúblicas de la unión; las consecuencias de las "grandes migraciones" (entre diversos territorios) y de las "pequeñas migraciones" (rural-urbana) para las lenguas; la influencia sociolingüística de los casamientos interétnicos en la Unión y los contactos e influencias entre las lenguas (que son vistas por él, más especialmente, como una "penetración de la lengua rusa").

La Unión Soviética es un complejo de etnias, comunidades lingüísticas y nacionalidades organizadas en repúblicas federadas, en regiones autónomas y otras varias divisiones administrativas que no tenemos por qué enumerar aquí. En ese amplio conjunto, a través de los años, unos grupos han crecido en números absolutos y relativos; otros crecieron en números absolutos pero no en relación con todos los de la Unión; otros más crecieron en términos absolutos, pero

disminuyeron relativamente; hubo algunos que se estacionaron, y hubo algunos otros que decrecieron (con las combinaciones posibles de valores absolutos y relativos). El Cuadro 1, de Glyn Lewis lista algunas de las nacionalidades de la Unión; registra los datos absolutos de 1926, 1939 y 1959, e incluye, frente a ellos, los porcentos respecto de toda la Unión y los porcentos respecto de 1926.

Entre 1926 y 1939, de todas las nacionalidades de las listadas ninguna se mantuvo estacionaria: los abjaz estuvieron próximos a hacerlo (104%); los armenios crecieron al máximo (137%); los Kazaks disminuyeron al máximo (78%). Entre 1929 y 1959, tampoco hubo estacionarios: los udmurts y los kumi estuvieron cerca de serlo (104%). crecieron al máximo los bielorrusos (150%) y disminuyeron más que todos: los judíos (75%) y los kalmucos (80%) en relación con la cifra para 1929.

En 1926, dentro de la Unión, la cifra relativa máxima correspondía a los rusos (53.%) a quienes seguían los ucranianos (21.%). En 1959, esas nacionalidades seguían predominando numéricamente; pero, mientras el relativo de los rusos había aumentado (55%) el de los ucranianos había disminuido (18%).

Entre 1926 y 1959 habían disminuido en números relativos: los kazaks (de 2.7% a 1.7%) los judíos (de 1.8% a 1.1%), los alemanes (de 0.85 a 0.80%), y algunos otros. La disminución en el número de los kazaks (pérdidas absolutas de cerca de un millón de individuos) se debió a los malos pastos; la de los judíos, "a formas, de exterminio".

El Cuadro 2 de Glyn Lewis concentra las tasas de crecimiento de algunas nacionalidades soviéticas entre las que destacan la turkmena, con 4.1 (máxima) y la letona con 1.6 (mínima). A la rusa le corresponde un 2.3%. El autor señala también que, si se comparan las tasas de la zona europea y de la zona centro-asiática de la Unión, se observa

que son de lo más bajo en la primera y de lo más alto en la última.

En general, en la Unión, 1) la tasa de natalidad se ha reducido (de 1900 a 1950 pasó de 5 a 2.5% y en 1964 era diferente) y 2) la de mortalidad muy baja, también ha disminuido (de 0.97 en 1950, a 0.7 en 1964).

Hay varios casos en los que es necesario considerar conjuntamente la tasa de crecimiento y la de migración. Sólo así se pueden explicar —por ejemplo— ciertas situaciones como la de Armenia en donde la población ha crecido a pesar de tener, simultáneamente, altas tasas de migración hacia otros territorios. Hay otros casos en los cuales un grupo étnico ha aumentado mucho como población total debido a su alta tasa de natalidad, pero, que —en cambio— como ocurrió con los uzbekos), ha disminuido en su propio territorio (Uzbekistán) por haberse dispersado por todo el territorio de la Unión.

Después de la guerra, Asia Central, Siberia Oriental, el Lepus Oriente soviético, han crecido espectacularmente; pero —según Glyn Lewis—, si bien "la distribución de la población soviética entre las varias repúblicas ha cambiado, no lo ha hecho tan radicalmente como se cree".

La migración es el fenómeno que el autor quiere enmarcar en estos datos. Para estudiarla se refiere a lo que se realiza a grandes distancias dentro del territorio de la Unión (en la exposición Mundial de Bruselas en el pabellón soviético, en 1958, se exhibía una película que se llamaba precisamente "Grande es mi país", la cual podía dar idea de la magnitud de esos traslados. Lewis proporciona un trasfondo histórico sobre la migración rusa y centro-asiática, se refiere a los factores ideológicos y consagra unas líneas a un fenómeno característico de la Unión (el cual ha sido juzgado generalmente en términos condenatorios, hiperemotivos y nunca en for-

ma objetiva o, por lo menos ecuánime) como es el de la "migración planeada".

Antes del XIX y de la emancipación de los siervos, la vinculación casi indisoluble del hombre a la tierra impedía los grandes movimientos de población. A fines de ese siglo y principios de éste, las malas condiciones internas y la despoblación externa produjeron grandes migraciones: entre 1897 y 1914 tres y medio millones de rusos migraron a Asia. "Toda la tierra, de Bielorrusia y Ucrania al Pacífico se pobló principalmente por rusos, con enclaves indígenas."

Asia Central había sido la zona más cerrada a la inmigración. De ahí que resulte la más interesante desde el ángulo sociolingüístico, en ella hubo movimientos internos; pero ha habido, sobre todo una inmigración eslava que ha llegado desde fuera. Internamente, en un primer periodo, Kazakstan y Turkmenia declinaron mientras que Uzbekistán y Kirguizia crecían en un segundo periodo Kazakstán declinó; pero no declinó Turkmenia; en un tercero, Kazakstán superó la media centroasiática; pero, después, todas las repúblicas se uniformaron.

Sobre la migración soviética inciden ciertos factores ideológicos: la misma ha sido promovida por el régimen para impulsar el avance económico y para fundir a los pueblos mediante una "mutua asimilación" (obsérvese: no una "integración de una a otra" de las naciones, y con el propósito declarado de eliminar no los rasgos nacionales, pero sí de actitudes chauvinistas. Glyn Lewis desaprobaba una política que redistribuye a los miembros de las etnias movida por la búsqueda de fines administrativos, pues los grupos de una nacionalidad pueden quedar separados de sus conacionales y ser administrados con grupos de otros nacionales con [los que tengan] poca afinidad étnica o lingüística, de modo que el lenguaje de la escuela se afecta y se rompe la forma de vida del pueblo".

El Cuadro 4 muestra: 1) que los georgianos tienen el mayor porcentaje de residentes en su propia república frente a residentes en el exterior (97); 2) que los tártaros y los mordvinianos tienen cifras de las más bajas de residentes (29 y 28%) en su territorio nativo; 3) que los armenios tienen el máximo porcentaje dentro del total de habitantes de su propia república (88%) y que detrás de ellos, en esto, se encuentran los rusos (83%), mientras que a los mordvinianos sólo les corresponde una cifra muy baja (de 36%) entre quienes habitan en su territorio natal.

Como él mismo indica para el mantenimiento de la propia lengua importan tanto 1) la magnitud del grupo hablante como 2) el hecho de que el mismo esté concentrado o disperso y, en consecuencia, la composición étnico-lingüística de las repúblicas, de las regiones autónomas y de otras circunscripciones administrativas soviéticas así como los cambios de ésta tienen importantes consecuencias sociolingüísticas.

La migración intrasoviética ha hecho, que, por ejemplo, los Kirghiz y los kazaks (en Asia) y los lituanos y letones (en el Báltico) lleguen a ser minorías estadísticas (no necesariamente minorías políticas) en sus propios territorios, y que estos desarrollos se ayudarían en las ciudades (principalmente en los centroasiáticos). Así ocurre en Frunze, en Achkabad, en Almá Atá, en Tashkent, en Dushambé y dentro de estas ciudades, el desequilibrio es todavía más patente en ciertas industrias en las que la población nativa es proporción mínima de la población trabajadora total.

Entre las consecuencias de las grandes migraciones intrasoviéticas, Glyn Lewis considera la dispersión de la población la pérdida de la lengua. Esto es más una previsión o hipótesis que una constatación pero, con todo, debe verse con interés. Según él, no sólo hay cier-

tas lenguas (o grupos lingüísticos) que son más vulnerables que otros sino que la vulnerabilidad de ciertas lenguas

ha sido reforzada... por la política educativa, que afecta: a) la elección de la lengua que se ha de usar en la instrucción, b) la disponibilidad de libros y otros medios de instrucción en lenguas nativas, c) el tiempo disponible para la enseñanza del ruso, d) su estímulo como "segunda lengua nativa", e) el hecho de que la educación superior es casi exclusivamente en ruso y... f) la extensión de la educación obligatoria y su orientación científica.

Sin que podamos rectificar o ratificar lo dicho por él, sí podemos observar que en el contexto de su artículo, en su mayor parte sustentado en estadísticas (no todas recientes, por razones fáciles de entender), esas imputaciones carecen del necesario respaldo estadístico y, por ello no tienen un valor científico idéntico al de sus otras informaciones.

Por otro lado, él mismo señala (con base estadística) que, "lo que es más notable... es la extraordinaria retentividad de las varias nacionalidades respecto a sus lenguas", ya que como en un tercio de las nacionalidades, el 95% de los miembros indicaron que había identidad entre su lengua y su nacionalidad y sólo en un 12% la mitad de los pobladores reconocieron tal identidad. Esto muestra la persistencia en el uso de las lenguas (incluso aunque, ahí, las posibilidades de cambiarla, las haya habido —realmente— en menos de un siglo). Esa persistencia también está atestiguada aquí como lo demuestra una declaración reciente del Subsecretario de Educación de México, el eminente maestro del indigenismo mexicano, doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, en el sentido de que a pesar de siglos de esfuerzos para castellanizar, integrar o transcultu-

rar a los mexicanos indígenas, las lenguas indígenas se mantienen en uso, disminuidas quizás, pero inaniquilables. Eso da fundamento a nuestra convicción de que una sociedad (por razones que hay que descubrir) lo más fácil es que cambie todo su sistema jurídico político o su organización económica que acepte modificar conscientemente un rasgo apenas de sus lenguas, incluso de su ortografía, como ocurre con la diéresis en español que, a pesar de los evidentes tropiezos *sistemáticos* que introduce, posiblemente se quede ahí, tozudamente, hasta la consumación de los siglos como testimonio de la rigidez mental de la comunidad de habla hispana o de la "inercia de la historia" de la que habló Ramiro de Maetzu.

En la Unión Soviética, los georgianos, los turkmenos y los kirguices parecen ser los más conservadores de su lengua; los armenios y los tártaros quienes más la han perdido en años recientes, por razones predominantemente sociales (de dispersión); los ucranianos y bielorrusos quienes han sufrido más pérdidas sociolingüísticas en favor del ruso, debido a la proximidad lingüística entre sus idiomas y éste.

Un contraste cuasi-experimental de los efectos que la dispersión y la concentración tienen sobre el mantenimiento del idioma lo proporcionan los judíos de la Unión, quienes *dispersados*, sólo en cerca del 21% mantienen su lealtad lingüística y yidish, mientras los alemanes de la Unión *concentrados*, mantienen en cerca de 95% su lealtad lingüística alemana.

Casi todas las repúblicas soviéticas han tenido un enorme crecimiento urbano; pero éste es más espectacular en Asia Central. Ahí, Tashkent triplicó su población desde 1926. Almá Atá la decuplicó... etcétera. En estas ciudades, Glyn Lewis afirma que se tiende a que "las grandes comunidades migrantes constituyan enclaves nacionales compactos que

preservan sus peculiaridades nacionales, especialmente cuando la lengua nacional se usa como medio de instrucción”.

Antes de la Revolución, los casamientos interétnicos eran pocos. La misma afiliación religiosa de varios pueblos (por ejemplo, los musulmanes) no debilitaba el poder de disuación de barreras culturales y lingüísticas que resultaban insuperables. Entre los iberocaucásicos y los turki se casaban hombres y mujeres, pero sólo cuando eran de familias nobles y, en general, los rusos no se casaban con los musulmanes. Los cambios se iniciaron desde antes de la Revolución; pero fue ésta la que lo aceleró. Algunas pérdidas lingüísticas (como la de los Kazaks) parecen deberse a sus matrimonios con miembros de los otros grupos, ya que en esos casos los hijos suelen ser bilingües y acabar por adoptar la lengua del otro grupo. Las ganancias del ruso se deben, en parte, a estos matrimonios interétnicos, en el seno de los cuales se le adopta como lengua familiar.

A la penetración de la lengua rusa le consagra el autor un capítulo entero, en el que se refiere a los migrantes rusos y a la penetración diferenciada del idioma en las áreas urbanas y en las rurales.

Su Cuadro 10 muestra la proporción que representan de los rusos entre los habitantes de cada república en 1926 y en 1959. El máximo de los hablantes de ruso en la población correspondía, a Rusia (83%) seguida por Kazakstán (43%) con un mínimo para Armenia (36%). De 1929 a 1959 había habido aumentos para todos siendo especialmente notables el de Kazakstán (20 a 43), Letonia (de un pequeñísimo porcentaje a 27) Estonia (de casi nada 20) y Kirghusia (de 12 a 30).

La penetración del ruso se considera que es: en promedio, de 29% y que alcanza de 77% en Siberia y el Lejano Oriente en donde se encuentran algunas de las comunidades hablantes más pequeñas de la Unión.

En las áreas urbanas hay más tendencia que en las rurales a adoptar el ruso; en estas últimas, a) la población nativa tiende a conservar su lengua y b) los migrantes o mantienen su propia lengua (rusa o no) o adquieren la del lugar.

Los estudios sobre la interferencia lingüística en la Unión Soviética se han realizado, sobre todo, en relación con el tadjik y el uzbeko; el georgiano y el azeri, las lenguas caucásicas, el evenki y el yakut, y el ruso y muchas otras de lenguas soviéticas.

Como resultado de los contactos, las lenguas turcas han adquirido nuevos sonidos (principalmente por influencia del ruso sobre las consonantes). Particularmente, son la f, la v, la ts algunos de los sonidos que han sido introducidos por los préstamos. La gramática también ha sufrido influencias; pero, ha sido el vocabulario el que —sobre todo— se ha enriquecido. En este último campo, y particularmente en relación con la terminología, se discutieron los problemas de eliminación de préstamos árabes y persas, se buscaron terminologías comunes a ciertos grupos de lenguas (las turcas, por ejemplo), y se trató de evitar el peligro de inundar una lengua vernácula con tecnicismos internacionales. Mordvinov afirma que la fusión resultante “no retarda el proceso de desarrollo de las lenguas nacionales sino que promueve su florecimiento”.

Glyn Thomas señala algunos de los temas por investigar como el efecto sociolingüístico resultante del hecho de que la migración afecte principalmente a los jóvenes.

El uso de fuentes originalmente soviéticas, así como el apoyo de cifras estadísticas, y la referencia proporcionada por un mapa de distribución de lenguas de la Unión Soviética le da a este trabajo del lingüista (galés, según creemos saber) una muy buena factura técnica y una utilidad indudable, inde-

pendientemente de alguna interferencia ideológica ocasional.

Oscar Uribe-Villegas

Iu, D. Deseriev, N. G. Korleteanu, F. P. Filin: "Sociolingvistika i Problem'i Razvitiya Obsestvenn'ix Funkciy Iazikov Mira". *Problem'i Iaz'ikoznaniya. Doklad'i i soobse-niya sovetskix ucen'ix na X Mez-dunarodnom kongresse lingvistov. Bucharest 28.VIII-2.IX, 1967. Iz-datel'stvo "Nauka", Moskva. pp. 107-11.*

La comunicación de Deseriev, Korleteanu y Filin sirve —en realidad— como introducción a la serie de trabajos que, en materia de sociolingüística, presentó la delegación soviética ante el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas reunido en la capital rumana.

Conforme indican los autores, los problemas sociolingüísticos han llegado a adquirir —en nuestros días— una enorme importancia pues han surgido (e irán surgiendo cada vez más) interrogantes, teorías y prácticas referentes a la estructura, a la función y al desarrollo de las lenguas: de todas ellas, tanto antiguas como modernas, y sea que tengan escritura o carezcan de ella.

Ellos mismos descienden a terreno más concreto cuando indican que —de modo relevante— entre los problemas que requieren la atención detenida y cuidadosa de sociólogos, políticos, pedagogos y lingüistas, se encuentran: el problema de la lengua culta; el de la lengua que hay que emplear en los diversos niveles de instrucción; el del lenguaje de la ciencia y de la cultura; el del lenguaje que emplean la prensa, la radio y la televisión; el de la influencia que el lenguaje ejerce en la vida sociopolítica, y el de los efectos que el uso del lenguaje —en general— y de las lenguas —en particu-

lar— tiene en las relaciones internas e internacionales, así como la manera en que éstas —a su vez— inciden en las realidades lingüísticas.

De acuerdo con sus subrayados, es en la edificación lingüística de la Unión Soviética en la que se puede ver —en forma muy destacada— cómo la lingüística está llamada a desempeñar un inmenso papel en el desarrollo económico, social, político y cultural de los pueblos, así como también el que ha de cumplir en el avance de la ciencia y en el acendramiento de la cultura, en cuanto uno y otro se vinculan con la manera en que funciona la lengua y con las posibilidades de mejorarla. En la Unión Soviética —según dicen— los lingüistas activos han creado unas cincuenta lenguas literarias. Lo han logrado mediante el perfeccionamiento de la antigua escritura de algunas de ellas, y también han propiciado el florecimiento de setenta lenguas literarias de los varios pueblos de la Unión. Con ello, han contribuido al progreso de las culturas nacionales correspondientes, en cuanto la reducción de una lengua a la escritura y el perfeccionamiento de su ortografía se pueden considerar como los pasos indispensables para dar a la población una instrucción elemental que —a su vez— habrá de tener importantes secuelas económicas y culturales.

Los sociolingüistas soviéticos de Moscú y de Kishinev (capital de Moldavia) señalan la forma en que los factores sociales influyen en el funcionamiento y en el desarrollo de las lenguas, y muestran que lo hacen por dos vías distintas, en cuanto: por una parte, existe una influencia espontánea de la sociedad sobre las lenguas y, por otra, una influencia —consciente ya, y voluntaria— que procede a través de una regulación que se ejerce sobre los procesos sociales de desarrollo de esas lenguas. Conforme ellos asientan, los factores sociales permiten que se esta-